

## PISA Y ESPAÑA EN LA BAJA EDAD MEDIA

### PRIMER CONTACTO CON TIERRAS ESPAÑOLAS (1088)

En el año 1088, ante la llamada de Alfonso VI, Rey de Castilla, y de Rodrigo Díaz de Vivar (Cid Campeador), pisanos y genoveses acudieron con cuatrocientas naves en ayuda del ejército cristiano, que a la sazón se hallaba comprometido en el asedio a Valencia. Era esta una época de guerras (guerras de Reconquista de la Península Ibérica) contra los «Reinos de Taifas» que, tras el desmembramiento del Califato de Córdoba, imperaban en diversas regiones españolas, manteniendo luchas entre sí o sosteniendo lazos amistosos con los cristianos. La noticia de la intervención de Pisa y Génova en esta empresa no ofrece demasiadas garantías por cuanto no ha podido comprobarse y la tradición sólo se limita a afirmarla; sin embargo, la sublevación española no tuvo por aquel entonces resultados positivos, por culpa de la rivalidad y discordia que dividían a los cristianos. Pero seis años más tarde tuvo un desenlace victorioso con la actuación del Cid, quien añadió al reino alfonsista de Castilla las liberadas tierras de Valencia, Alpuente y Albarracín.

La participación de Pisa en el asedio a Valencia, en el año 1088, si es que en realidad la hubo, fue el primer contacto entre las jóvenes fuerzas del naciente Municipio toscano y tierras españolas. Es casi seguro que la llamada hecha por Alfonso VI y el Cid a los pisanos fue debida a la fama por aquéllos conquistada en la cuenca del Mediterráneo Occidental con sus empresas marítimas: desde la llevada a cabo contra la Cerdeña de Mugâhid (1016) a la de Bona (1034); desde la que tuvo lugar contra Palermo (1063) a la de Mehedía (1087). Precisamente, la conquista de la roca de la dinastía zirita de Temín había proporcionado a los pisanos un vasto prestigio entre los pueblos mediterráneos, y había asegurado a su floreciente comercio una mayor libertad de movimiento y expansión.

A partir del siglo XI, Pisa, enclavada desde hacía más de un milenio a orillas del Arno y a pocos kilómetros del mar, al que la unían lagunas y canales, había empezado a construir naves en sus ya florecientes astilleros

y a comerciar con aquellas tierras continentales e insulares que se hallaban próximas a la cuenca del Mediterráneo Occidental. Esta expansión comercial, en un principio incierta y después segura en cuanto a sus rutas y metas, motivó su encuentro con los sarracenos que infectaban el Tirreno y asaltaban a pequeñas y grandes embarcaciones, despojándolas de sus cargamentos. Aparte del mar, la amenaza sarracena afectaba también a las costas, donde los núcleos de población se veían constantemente molestados con incursiones y saqueos. Comoquiera que la potestad imperial no se hallaba en condiciones de proteger los intereses de sus súbditos, los pisanos se vieron obligados a reaccionar para poder subsistir. Si en un principio contribuyeron a la defensa del litoral y de las naves, pasaron después a la ofensiva con galeras pertrechadas para combatir a los piratas en sus propias guaridas; de este modo, liberaban de asechanzas a los mares y aseguraban el pacífico desarrollo de su comercio.

La lucha contra los sarracenos que, para proteger los intereses particulares y colectivos, sostuvo a lo largo de todo el siglo XI la aristocracia urbana de mares y tierras (armadores, mercaderes y hacendados), sirvió de aliciente para que a través de la autonomía administrativa se alcanzase la libertad municipal en un momento en que la ciudad, precisamente por culpa de la expansión comercial, se había hecho rica y poderosa a orillas del mar. De los encuentros esporádicos con los piratas, los pisanos pasaron a organizar auténticas expediciones que, si bien estaban instigadas y sostenidas por los Pontífices, nunca tuvieron carácter de verdaderas y propias cruzadas religiosas. Sólo la empresa de Mehedía fue considerada como triunfo de la Cruz de Cristo sobre la Media Luna de Mahoma; pero, en realidad, pisanos y genoveses sólo pretendían proteger sus intereses mercantilistas consiguiendo, según Maragone (1), que Temín les hiciese la promesa de «non ponet insidias et non tollet teloneum his utrisque populis».

Después de Mehedía y al normalizarse la situación en el sur del Mediterráneo, quedaron abiertas nuevas perspectivas para unas futuras y provechosas relaciones oficiales con los principados árabes, y la expansión comercial de Pisa se encaminó por otros derroteros. Al prestarse apoyo a las bases creadas en Córcega y Cerdeña, el tráfico siguió la corriente noroccidental, en dirección al mediodía francés y al este de España (Provenza, Languedoc y Cataluña). A comienzos del siglo XII, Pisa se hallaba en condiciones de emprender otras hazañas marítimas; sus ciudadanos ya habían adquirido, por aquel entonces, una conciencia guerrera como consecuencia de sus constantes luchas

---

(1) BERNARDO MARAGONE: «Anales pisanos», en *RR. II. SS.*, VI, p. II, fascículo I, a cargo de MICHELE LUPO-GENTILE, Bolonia, 1930, ad. a. MCXXIV.

con los sarracenos y, como también habían participado de manera directa en la primera Cruzada de Tierra Santa, habían conseguido una mayor experiencia militar y comercial además de importantes y privilegiadas posiciones en el Próximo Oriente. El naciente Municipio crecía de manera constante a causa de las vigorosas fuerzas económicas en continuo desarrollo y del vasto prestigio marítimo que había conquistado con sus acciones guerreras y de paz. Así pues, la atracción por el Mediterráneo noroccidental fue lógica y natural puesto que el Africa septentrional y el Próximo Oriente habían compensado con grandes beneficios los múltiples esfuerzos de los pisanos para asegurarse, por medio de la libertad de tráfico, la supremacía marítima y comercial.

#### LA EMPRESA DE LAS BALEARES (1113-1115)

El rumbo de la marcha expansionista hacia mediterráneas tierras francesas y españolas, ricas en recursos económicos y aptas para establecer relaciones mercantiles, constituía para Pisa uno de sus más importantes y seguros objetivos en aquel período tan afortunado de variada actividad e incesante desarrollo urbano y demográfico. Si el mediodía francés, con la importante vía fluvial del Ródano que conducía a los mercados del interior, fue, durante la guerra contra Génova (1119-1133), objeto de más estrechas relaciones, el este español, cristiano y musulmán, entró antes en contacto con el poderío militar y comercial de Pisa. Fue la empresa de las Baleares la que hizo que los pisanos estableciesen relaciones directas con los españoles, puesto que unos y otros tenían en común un mismo problema vital: el problema de la lucha contra los árabes.

En aquella época, campaban por sus respetos en la Península Ibérica, al sur del Tajo, los almorávides, quienes guiados por el príncipe Alí-Ibn-el-Yusuf habían creado (tras haber sometido a casi todos los «reinos de Taifas») el imperio hispanomarroquí. Mientras tanto, gobernaba en las Islas Baleares el Emír Mobascer o Mubasir, descendiente de Mugahid. Mubasir había conseguido librarse de la esclavitud a que le tenían sometido los cristianos españoles y, desde Denia, inició las incursiones que le llevaron a someter Mallorca, Menorca e Ibiza, sin tener que depender para nada de los almorávides. Esta autonomía le permitió piratear con toda libertad por los mares que circundaban a las Baleares y llegar hasta las costas españolas, francesas e italianas, amenazando de este modo las rutas marítimas y saqueando las localidades ribereñas.

Con la empresa de las Baleares, los pisanos prosiguieron y ultimaron la lucha contra los sarracenos, entablando, al mismo tiempo, relaciones con Ca-

taluña. Esta región se hallaba entonces gobernada por Raimundo Berenguer III, yerno de Alfonso VI de Castilla, con cuya hija María se había casado. A la muerte de su suegro (victorioso en Toledo y Valencia, pero derrotado en Zalaca por el Emir Yusuf), Berenguer se convirtió en conde de Barcelona, por cuyo motivo entró en relaciones con Pisa. La gran expedición Balear, organizada y dirigida por el Municipio pisano, a quien el Pontífice Pascual II había alentado en la defensa de la fe cristiana y en la liberación de centenares de prisioneros, partió del puerto de Pisa el 6 de agosto de 1113, al frente de Pietro Moriconi, arzobispo de la ciudad. Estaba formada por más de trescientas naves (galeras, dromones, *gatti* y *salene*) con miles de combatientes a bordo (nobles, burgueses y hombres del pueblo); no eran éstos únicamente pisanos, sino también luqueses, florentinos, senenses, pistoyenses, volterranos, romanos y lombardos que habían respondido a la llamada del Papa y de la República. Tras haber hecho un alto en los puertos sardos de Santa Reparata y Torres, donde además del avituallamiento tuvo lugar el embarque de hombres y armas de los Jueces de Cagliari y Torres, la poderosa flota llega a costas catalanas y atraca en San Félix de Gerona.

Es precisamente en este puerto español donde, el 7 de septiembre de 1114, los pisanos llegaron a un acuerdo de naturaleza esencialmente comercial con Ramón Berenguer. Esto constituye una buena prueba de que la expedición no sólo tenía por objeto liberar a las Baleares del yugo musulmán, sino también abrir nuevas vías al comercio toscano, de acuerdo con unas directrices escogidas de antemano. El texto del acuerdo ha podido ser conocido porque fue incorporado a un documento posterior, de fecha 8 de agosto de 1233, otorgado a los pisanos por el Rey Jaime de Aragón, en el que se confirmaban los privilegios concedidos hacía ciento veinte años por el conde de Barcelona (2). Se desprende de este documento que, en San Félix de Gerona, fue firmado un pacto por el que se concedía a los pisanos (aparte de a los cónsules Attone y Erizzone) la facultad de poder ejercitar libremente y con garantías de seguridad el comercio con tierras de Berenguer, previa total exención arancelaria. Pero, ¿hasta dónde llegaban estas tierras? En la carta soberana hallamos la siguiente frase: «in Arelatensi civitate et in burgo Sancti Egidii et per totam suam virtutem et forzam quam haber vel in antea adquisierit»; por este motivo, se nombran los puertos de Arles y Saint-Gilles, mientras que no se hace mención ni del de Barcelona ni de otros puertos y

(2) El documento se encuentra en el Archivo del Estado de Pisa (Diplomático, Actas Públicas) y ha sido publicado por MOLARD en «Documents sur le Midi de la France contenus dans les Archives de Pise», en *Revue des Sociétés Savantes*, serie V, tomo VIII, 1782, 2.º sem., pág. 84.

localidades catalanas; a propósito de esta frase tan poco clara, Rossi-Sabatini ha hecho el siguiente comentario:

«No hay que creer que el privilegio se refiere a los feudos franceses del conde; deberemos, en cambio, suponer que ambas ciudades fueron expresamente nombradas porque el comercio de Pisa era allí más intenso y, como se hallaban lejos del señor feudal o, más bien, como quiera que el conde no había consolidado su dominio sobre aquellas tierras, las divergencias podrían surgir (3) con mayor facilidad, al ser posible que los pisanos volviesen a prometer eventuales ayudas.»

Aquel acto pisano-catalán concluye con las palabras «osculo sub fidei signo dato», pronunciadas seguramente en presencia del arzobispo Pedro, de los cónsules pisanos que acompañaron a la expedición, de los capitanes de guerra, de los marqueses, condes y caballeros italianos y españoles. Jefes y gregarios de la armada confederada establecieron, durante su prolongada estancia en la región, relaciones amistosas con diversas poblaciones de Cataluña. En efecto, la flota pasó todo el invierno en los puertos situados entre Ampurias y la desembocadura del Ebro, con objeto de reparar las naves averiadas durante una tempestad en el golfo de León, así como para constituir maquinaria de asedio y esperar a las galeras de refuerzo que habían sido pedidas a Pisa. Acerca de estas provechosas relaciones con los habitantes nos hablan Maragona (4) y el autor de *Liber Maiolichinus* (5), obra en la que ha quedado descrita en verso toda la gloriosa gesta balear.

En la primavera del año 1114, la gran flota abandonó los puertos catalanes para dirigirse a la conquista de las Islas Baleares. Había aumentado aquella en cuanto a naves, hombres y medios de guerra, aparte de que se le unieron refuerzos (unas ochenta galeras), y de que catalanes y provenzales contribuyeron también en la empresa; en efecto, el conde Ramón quiso unirse a los pisanos y al resto de los confederados, con objeto de tomar parte en la empresa que él mismo y sus súbditos consideraban como una verdadera y auténtica cruzada contra los infieles del Islam. La empresa no reunía, en realidad, los caracteres típicos de una Guerra Santa, pero los españoles estaban interesados en ella porque se trataba de liberar un archipiélago que geográfica y étnicamente pertenecía a la Península Ibérica. Además de la de

(3) GIUSEPPE ROSSI-SABATINI: *L'espansione di Pisa nel Mediterraneo fino alla Meloria*. Sansonio, Florencia, 1935, pág. 100.

(4) MARAGONE: Op. cit., ad. a. MCXIV.

(5) «Liber Maiolichinus de gestis pisanorum illustribus», a cargo de CARLO CALISSE, en *Fonti dell'Istituto Storico Italiano*, Roma, 1901. CALISSE, en páginas 137 y siguientes, hace referencia al documento relativo al tratado de San Félix de Gerona de 7 de septiembre de 1114, ya incorporado al siguiente tratado del 8 de agosto de 1233.

Berenguer había otras ayudas materiales procedentes de Guillermo, conde de Montpellier, de Almería, vizconde de Narbona, y del conde de Ampurias; por este motivo se constituyó una liga en la que Pisa desempeñó un auténtico papel «unificador y coordinador de la acción de las diferentes gentes italianas y extranjeras» (6).

Entre junio de 1114 y abril de 1115 la empresa alcanza su objetivo con pleno éxito. Con la caída de Elmodenia, el último de los recintos fortificados de Mallorca, las Baleares quedaron liberadas de los musulmanes. Fue la victoria de todos los aliados, pero, ante todo, de los pisanos, quienes a su regreso a la Patria se llevaron los honores del triunfo y el claro reconocimiento de los Pontífices Pascual II y Gelasio II, así como del Emperador Enrique V. Pero la gloria de Pisa fue todavía mayor porque, tras la derrota de los luqueses y de algunos otros contingentes, incluido el catalán (precisamente en un momento en que la lucha era de lo más áspera), éstos tuvieron que abandonar el campo y correr en ayuda de Barcelona. Esta ciudad se vio amenazada por los almorávides, cuando éstos pasaron a la ofensiva y atacaron a los estados cristianos del norte. Aquella retirada estaba verdaderamente justificada porque Ramón Berenguer, ayudado por Alfonso I, llamado el «Batallador», iba a liberar, tras un asedio de tres semanas, a la capital catalana. La casi legendaria empresa concluida por los pisanos, quienes estuvieron poco menos que solos en el combate contra el príncipe Burabé (sucesor de Mubasir, muerto durante la guerra), hizo que se extendiese por toda la cuenca del Mediterráneo la fama de la ciudad que la había organizado, acrecentando su ya indiscutible supremacía marítima. Fue, ante todo, una empresa que según Volpe cabe identificar con «todo un vigoroso movimiento de hombres nuevos, con nuevas aspiraciones, plenamente conscientes de que tenían que vengarse de las antiguas ofensas recibidas por parte del bárbaro mundo que les circundaba» (7).

#### RELACIONES CON CATALUÑA Y VALENCIA (1116-1150)

El libre «Municipio» pisano no pretendía anexionarse territorios, sino que con sus empresas marítimas y terrestres sólo trataba de asegurarse la libertad de las rutas marítimas, por las que transitaban sus naves mercantiles y abrir nuevos mercados para el ulterior desarrollo de la expansión comercial. Por consiguiente, la conquista de las Baleares no duró mucho (quizás un año o

(6) GIOACCHINO VOLPE: *Medioevo italiano*. Sansoni, Florencia, 1961, pág. 209.

(7) VOLPE: *Op. cit.*, pág. 208.

un poco más), y se prefirió establecer relaciones oficiales con los descendientes de Mubasir. Pero las islas apenas permanecieron un lustro bajo el dominio de los mugahidistas, porque en el año 1121 fueron ocupadas por los almohades sin hallar resistencia de ningún tipo. Fue Alí-Ibn-Yusuf, hijo del gran Yusuf, fundador del imperio hispanomarroquí, quien dirigió las operaciones de sometimiento. Parece ser que éstas acaecieron tal y como las ha descrito Amari, «gracias a un hombre perteneciente a una valiente familia de corsarios de Denia, la de los Banu Maymun, cuyo nombre se recuerda entre los defensores de Mallorca, y quien, a la muerte de Mubasir, fue enviado a Denia para recavar la ayuda del príncipe almorávide» (8).

Como consecuencia de la empresa balear, los pisanos adquirieron fama de expertos marineros, por lo que junto a genoveses y arlesianos fueron invitados a que enviasen a la ciudad de Santiago (en la costa Atlántica de Iberia) artesanos capaces de construir naves (9). Benjamín de Tudela (10) atestigua que las naves de Pisa mantuvieron relaciones comerciales con las costas españolas, sobre todo, con Barcelona, durante la primera mitad del siglo XII. Estas relaciones no sólo debieron ser comerciales, sino incluso religiosas, puesto que el puerto catalán se había convertido ya en el centro de llegada y tránsito de los peregrinos que desde Pisa aflúan al santuario de Santiago de Compostela.

Tanto en el espíritu como en la letra del tratado de San Félix de Gerona, las relaciones entre pisanos y catalanes se mantuvieron cordiales y fructíferas hasta que el problema de las Baleares vino, en cierto modo, a obstaculizarlas. La República Toscana pretendía, más o menos justificadamente, ejercer protección moral sobre aquellas tierras. Aprovechando la disolución del Imperio Almorávide, ante el empuje armado de la secta religioso-militar de los almohades de Aba el Mimin, Génova preparó una expedición que acudió en socorro de la cristiandad española y que conquistó Almería y Tortosa, amenazando con ocupar las Baleares, declaradas independientes con respecto a los almorávides, quienes todavía la gobernaban. Comoquiera que el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, hijo de Ramón III, parecía dispuesto a apoyar los planes genoveses, los magistrados pisanos le enviaron al-

(8) MICHELE AMARI: *Storia dei Mussulmani di Sicilia*, vol. 3.º, pág. 2, Catania, 1938 (segunda edición), pág. 383. En esta vasta e interesante obra se hallan notas bibliográficas sobre las fuentes árabes que AMARI ha estudiado como pocos autores lo han hecho.

(9) La noticia viene dada por ROSSI-SABATINI (Op. cit., pág. 101) quien la ha tomado de *Historia Compostellana* (España Sagrada).

(10) BENJAMÍN DE TUDELA: *Viaggi*, I. Ed. Asher. Londres y Berlín, 1840-41, página 31.

gunas cartas (11) intentando convencerle de que permaneciese neutral. Surgieron en el puerto barcelonés diferencias entre pisanos y catalanes que dieron lugar a trámites diplomáticos para solucionar la controversia y que quizás llegaron a influir sobre la actitud filogenovesa del conde; éste, teniendo en cuenta que un ulterior refuerzo de la «Superba» en la región no podría serle útil, esbozó su propio plan para someter las Islas Baleares. Para llevarlo a cabo solicitó, a través del juez sardo Barisone de Arborea, la colaboración de Pisa. Pero los cónsules de la ciudad, a pesar de la adhesiones del Pontífice Eugenio III (pisano de nacimiento) y del arzobispo de Pisa, Villano, al proyecto catalán, por diversos motivos, no creyeron conveniente aceptar la invitación. Sus fuerzas terrestres se hallaban comprometidas en la enésima contienda armada contra los luqueses y habían prometido colaborar con las navales en la expedición de Conrado III contra Roger de Sicilia; además, no deseaban romper la tregua establecida con Génova por la reciente paz de Portovenere. Con Ramón Berenguer IV, que abandonó el proyectado ataque a las Baleares, quedaron aclaradas las respectivas posiciones. De este modo, las relaciones entre Pisa y Cataluña continuaron con regularidad y sin interrupción hasta 1167.

Estas relaciones no iban a ser las únicas que iban a acercar a Pisa y España. Ya los pisanos, tras haber derrotado a la piratería sarracena, trataron de establecer relaciones oficiales con los príncipes musulmanes de la Península Ibérica y del Africa septentrional, por medio de acuerdos bilaterales que reforzasen su expansión comercial. De esta manera, en el año 1150 concertaron un pacto de carácter amistoso y comercial con el Soberano de Valencia, Abbad el-Macomet Abesat. Se trataba, también, de contrarrestar la influencia genovesa mediante la posesión de la tercera parte de Tortosa y las relaciones con Abesat. El 16 de enero la embajada pisana, al frente de Uberto de Botaccio, obtuvo del Soberano almorávide, que confiaba en el apoyo de Génova y Pisa para frenar el empuje de los almohades (puesto que éstos, tras la ocupación de Sevilla, Córdoba, El Algarve y Jaén proseguían su avance), todo cuanto los cónsules deseaban. Aquel tratado incluía la «promesa de respetar en todo momento a los mercaderes y naves de Pisa, proteger a los naufragos, conceder *fondacum ant bancum* a Valencia y Denia, dejar en libertad a algunos prisioneros capturados por las galeras murcianas» (12).

(11) Una de estas cartas se encuentra en el Archivo Capitular de Pisa (acta del litigio, ag. 1157); véase SILVA: Op. cit., pág. 101.

(12) ROSSI-SABATINI: Op. cit., pág. 13. El documento en A. S. P. (Actas públicas, correspondencia) ha sido publicado por AMARI en *Diplomi arabi del R. Archivio di Stato fiorentino*. Florencia, 1863, págs. 69 y sigs.



Durante los dos primeros decenios de la segunda mitad del siglo tuvieron lugar en la España cristiana cambios dinásticos de relevante importancia. En el reino de Castilla y León, los sucesores de Alfonso VIII, sobrino de Alfonso VI, fueron en primer lugar Sancho III (que al separarse León de Castilla comprometió la unificación de los diversos pequeños Estados iniciada por su padre, siendo nombrado Emperador de Toledo) y pasado un año el «Rey chico», Alfonso VIII. En el reino de Aragón, después de Alfonso el Batallador y de Ramiro el Monje, se produjo la anexión del condado de Barcelona a la Corona, mediante el matrimonio de Petronila, hija de Ramiro, con Ramón Berenguer IV. En efecto, a la muerte del Soberano, el hijo de Petronila, Alfonso II, conde de Barcelona por parte de padre, heredó de su madre. De este modo, la casa catalana, descendiente de Wifredo el Velloso, se encontró gobernando Aragón y Cataluña como consecuencia de inteligentes combinaciones dinásticas. Alfonso II extendió después la autoridad de su dinastía a Teruel y más allá de los Pirineos, poniendo en práctica una «política de tipo tentacular en Provenza, Bearn, Bigorre y Languedoc, contando unas veces con la aquiescencia y otras con la oposición de la casa de Tolosa» (13).

#### ALFONSO II DE ARAGÓN, PISA Y PROVENZA (1167-1186)

Al igual que con los demás Berengueres, las relaciones de los pisanos continuaron siendo amistosas en tiempos de Alfonso II, Soberano de Aragón y Cataluña. Fue el conflicto relacionado con la sucesión al condado de Provenza, lo que las interrumpió, en 1167, puesto que dio lugar a que se concertase una alianza entre el conde de Barcelona y el cónsul genovés Rodoano. Las circunstancias hicieron que Alfonso II firmase el acuerdo antipisano de 7 de mayo, aunque no había especiales motivos que le llevaran a enemistarse con la República toscana, que entonces se hallaba en guerra con Génova. En efecto, hacía dos años que había comenzado el tercer conflicto pisano-genovés tras la llamada «farsa» de Barisone d'Arborea (para la coronación del Rey de Cerdeña) (14) y el fracasado intento de pacificación entre las dos Repúblicas enemigas, promovido por el Emperador Federico Barbarroja.

Hacia ya algunos decenios, casi inmediatamente después de la empresa de las Baleares, que las dos Repúblicas italianas se disputaban la supremacía comercial y la injerencia política en la Francia meridional. La Provenza y el

(13) JOSEPH CALMETE: *Storia di Spagna*. Sansoni. Florencia, 1958, vol. I, pág. 116.

(14) Para esta «farsa» véase GINO BENVENUTI: *Storia della Repubblica di Pisa*. 3.ª edición. Giardini, Pisa, 1968, págs. 122-123.

Languedoc constituían su campo de acción. Génova ocupaba allí una situación de privilegio a causa de sus más antiguas relaciones, a lo cual también contribuía su mayor proximidad geográfica; pero ambas habían concertado alianzas con los Príncipes feudales y con las ciudades libres, con objeto de acapararse importantes privilegios. Estas alianzas solían cambiar a menudo, dependiendo de la situación general, así como de las rivalidades locales, por lo que las respectivas suertes eran alternas. Sólo en 1141 las dos poderosas Repúblicas se unieron para ayudar a que Guillermo II regresase a Montpellier, ciudad que, instigada por el conde de Tolosa, se le había sublevado. Pero, después, todavía se hizo más encarnizado el duelo para consolidar y extender sus respectivas influencias y, desde Narbona a Niza, todas las ciudades entraron en la contienda, poniéndose a favor de una u otra República. Un ejemplo de las alternativas de estas alianzas se tuvo en agosto de 1165, precisamente en la cuenca ocupada por el delta del Ródano, donde pisanos y genoveses combatieron durante una etapa de la guerra que habían iniciado tres años antes. Entonces Raimundo, conde de Tolosa y señor de Saint-Gilles, aliado de los pisanos, se había pasado, sobornado por dinero, a la zona enemiga para después volver desilusionado porque no le habían pagado la suma acordada, a la vieja alianza, y combatió contra los provenzales en las victoriosas filas pisanas (15).

Alfonso II de Aragón estaba luchando entonces contra Raimundo de Tolosa, por culpa de la posesión del condado de Provenza. Comoquiera que la Francia meridional estaba ya envuelta, y todavía tendría que estarlo más, en la contienda pisano-genovesa, la Superba se puso, porque le interesaba, de parte del Soberano español y combatió contra el pretendiente francés hasta hacerle desertar en la batalla de Saint-Gilles. Fue esta postura antigenovesa de Raimundo la que indujo al aragonés a aceptar las cláusulas antipisanas del Tratado de 7 de mayo de 1167. Aquel Tratado establecía que ninguna nave pisana podría comerciar ya con los puertos de las costas españolas y francesas, desde el Ebro a Niza, excepción hecha de aquellas que transportasen peregrinos a Santiago de Compostela o a otros santuarios. De este modo, Génova había conseguido sustituir de manera oficial el influjo pisano sobre Provenza, el Languedoc y Cataluña, allí donde las simpatías de la población se dirigían, en gran medida, hacia los pisanos. La alianza entre genoveses y españoles también tenía por objeto otros fines indirectos: el de la Superba, el de debilitar el poderío rival que estaba preparando su flota para participar en la expedición de Federico I en el Mediodía de Italia, y el de Alfonso II, el de rom-

---

(15) Para esos sucesos véase también BENVENUTI: Op. cit., págs. 125-126; además ROSSI-SABATINI: Op. cit., págs. 83-84.

per la alianza por medio de una eventual participación en la misma expedición imperial contra Guillermo II de Sicilia.

Sin embargo, la amistad entre el aragonés y la República ligur no duró mucho. Era aquella una época en la que las alianzas se establecían y rompían sin demasiados escrúpulos de fidelidad y amistad, acomodando sus propios intereses a los contrapuestos de sus vecinos y siguiendo el curso de los acontecimientos políticos y militares de la Europa mediterránea, pero, sobre todo, de la Península italiana. Tras la desafortunada expedición de Barbarroja, los pisanos procuraron, aprovechando la tregua de Portovenere del 1169 (al finalizar la primera etapa de la tercera guerra con Génova), reanudar sus interrumpidas relaciones con la Francia meridional. Ya habían vuelto a establecer contactos con los gobernantes de Montpellier, consiguiendo atraerse sus respectivas simpatías al indemnizar parcialmente a los mercaderes franceses por los daños sufridos con el bloqueo comercial. A pesar de que las cláusulas de la tregua insistían en prohibir que las naves pisanas rebasaran la línea costera Salon-Noli, los cónsules de Pisa consiguieron llegar a determinados acuerdos con Guillermo VII de Montpellier y confirmar el Tratado del 1164 con la vizcondesa Ermengarda de Narbona. Todos los esfuerzos de Génova para contrarrestar la política filopisana de los dos señores resultaron vanos. Pero los genoveses no estaban dispuestos a perder aquellos mercados; cuando en el 1174 volvió a suscitarse la cuestión de la sucesión provenzal, se pusieron de parte del conde Raimundo V de Tolosa y en contra de Alfonso de Aragón. Entre los diversos motivos que indujeron a esta nueva alianza se podían contar los de aprovecharse de la rivalidad entre los señores de Tolosa y Montpellier y acabar con la competencia pisana en el floreciente mercado de Saint-Gilles. De esta manera, a la interrupción de las relaciones entre Raimundo V y Pisa se contraponen el restablecimiento de las relaciones con Aragón y Cataluña, como consecuencia de la consiguiente decadencia del Tratado genovés-español del 1167 (16).

Puesto que no había habido especial hostilidad contra las naves pisanas, excepción hecha de la captura de dos galeones en el puerto de Barcelona y el reparto del cargamento de los mismos entre el Soberano y el cónsul genovés Rodeano, no le fue difícil a Alfonso II restablecer sus lazos de amistad con Pisa. En efecto, las cláusulas del acuerdo del 1167 permanecieron en su mayor

---

(16) ROSSI-SABATINI ha comentado (Op. cit., pág. 90) que las alianzas no eran sino simples maneras de poner en práctica la política comercial de Génova y Pisa, política mediante la cual «en la constante permanencia o representación de las contiendas locales entre los señores y los municipios, el oscilar de las preferencias de Génova y Pisa daba a éstos la oportunidad de sacar el mayor provecho posible».

parte sin vigencia; el verdadero motivo de que los pisanos hubiesen disminuído el comercio con Cataluña habría que buscarlo, sobre todo, en la guerra con los luqueses. Esta guerra no les permitía enfrentarse con la Flota genovesa en mares provenzales y catalanes. Aquel forzado retorno a la amistad con Pisa sirvió para que el Soberano español hiciese fracasar los planes de conquista de la Provenza, que el conde de Tolosa había acordado con Génova, quien se había asegurado, en caso de éxito, enormes privilegios comerciales y el dominio directo sobre algunas tierras. La firme postura antigenovesa de Montpellier, aquella otra, si bien algo incierta, de Narbona, y la probable ayuda de Pisa, contribuyeron al fracaso de la, en cierto modo, arriesgada empresa proyectada por Raimundo V. Sin embargo, a Génova le cupo la ventaja de lograr, a través del Tratado de Tolosa, el reconocimiento de un monopolio absoluto sobre las regiones y mares de la Francia meridional.

Este ventajoso monopolio genovés quedó después confirmado con la paz que, en noviembre de 1175, Federico I hizo que se firmase entre las dos Repúblicas marinas que, desde hacía trece años, estaban en guerra. Con esta paz se inicia una nueva fase de expansión comercial en Provenza y en el Languedoc, por lo que se refiere a las cambiantes relaciones entre Pisa y Génova en aquellas regiones. En efecto, «la encarnizada lucha», escribió Rossi-Sabatini:

«El hecho de estar en una contienda constante con objeto de penetrar en tierras francesas, las continuas insidias y perjuicios, se van transformando, casi de mutuo acuerdo, en una competencia puramente comercial entre dos naciones que de manera paralela desarrollan su comercio. La guerra abierta, que en otros lugares todavía seguirá siendo muy dura, aquí sólo es esporádica; la rivalidad, aunque siempre está presente, ha bajado de tono; de guerrera se transforma en pacífica y se convierte en concurrencia económica. Transcurrido el período de luchas violentas y tenaces, se va abriendo paso, como consecuencia de la propia experiencia guerrera, una mentalidad más libre y amplia que dará lugar a que la concurrencia comercial no se conciba ya tanto como tendencia a un exclusivismo rígido, sino más bien como desarrollo paralelo de fuerzas en competencia» (17).

---

(17) ROSSI-SABATINI: Op. cit., pág. 93.

## ARBOREA, CAUSA DE DISCORDIA (1186-1233)

Antes de finalizar el siglo XII, otro acontecimiento de alcance mediterráneo vino a interrumpir de nuevo las relaciones entre Pisa y Alfonso II de Aragón. En esta ocasión fue Cerdeña, y, una vez más, por razones de sucesión dinástica: la del Juzgado de Arborea. En esta isla, donde chocaban las ambiciones de pisanos y genoveses, los jueces o reyezuelos se ponían de una u otra parte según sus intereses políticos y económicos. Hacia 1186 (una vez que la paz del 1175 hubo establecido paridad de derechos entre Pisa y Génova, dejando inoperante el nombramiento fridericiano de abril de 1162), de los cuatro Juzgados en que se dividía Cerdeña, los de Logudoro o Torres, y Gallura estaban dominados por los genoveses, mientras que en los de Cagliari y Arborea prevealecía por completo el dominio de Pisa. En efecto, Guillermo de Massa, hijo del marqués Huberto, había alcanzado poder sumo en el Juzgado de Cagliari, donde los nobles pisanos Eldito Visconti y Tedede de Donoratico, casados, respectivamente, con una hija del ex juez Pedro, y con Preciosa, hija del difunto juez Constantino, ocupaban posiciones privilegiadas. En el otro pequeño reino de Arborea gobernaba Pedro de Serra, heredero de la catalana Agalbursa y de Barisone, cuya política filopisana le había ligado a Ranuccio y Lanfranco Bocci, pertenecientes a la camarilla de los Gualandi de Pisa (18). Es precisamente en este momento, así como en relación con otras cuestiones de carácter financiero relativas a los préstamos concedidos a su padre (con motivo de la farsa de la coronación real en Barisone), cuando los genoveses tomaron partido por Hugo de Bas, sobrino del juez Pedro, pretendiente al Trono de Arborea, recrudeciendo la lucha por la sucesión ya iniciada por Agalbursa.

En la contienda, Alfonso II se puso claramente de parte del español Hugo de Bas, encontrándose, por consiguiente, aliado en Génova y enemistado con Pisa, que apoyaba tanto a Pedro de Serra como a Guillermo de Massa. Este último pretendía extender el Juzgado cagliaritano a tierras arborenses. La postura del aragonés era, al mismo tiempo, ambiciosa y lógica, porque en el caso de que Arborea quedase en manos catalanas, ello equivaldría a proseguir con unas relaciones que desde hacía treinta años se venían manteniendo con aquella región sarda. Por consiguiente, se produjo una nueva ruptura entre

---

(18) Cfr. D. SCANO: «Serie cronologica dei giudici sardi», en el *Archivio Storico Sardo*, vol. XXI, pasajes 3-4; F. ARTIZZU: *Documenti inediti relativi ai rapporti tra la Sardegna e Pisa nel Medioevo*, vol. I, Padua, 1961; ALBERTO BOSCOLO: *I Conti Capraia, Pisa e la Sardegna*, Galluzzi, Sassari, 1966, págs. 11-13.

Pisa y la España alfonsina, ruptura mucho más grave que aquella otra acacrida en el pasado como consecuencia de intereses políticos directos y opuestos. Alfonso II envió su propio representante a Hyères, donde en el año 1186 Génova firmó un Acuerdo con Agalbursa; una vez ratificado el Acuerdo, prometió a los genoveses que, en el caso de que los pisanos atacasen Arborea, él respondería con las armas. La situación era, ante todo, delicada y peligrosa, pero el conflicto que se perfilaba fue evitado gracias a la intervención del Pontífice Clemente III. Su actuación sirvió para que las dos Repúblicas italianas apaciguasen sus ánimos, y de este modo, se interesaran por la tercera Cruzada de Tierra Santa que, tras el desastre de Hittin, había sido declarada por Gregorio VIII antes de morir en Pisa. El que Alfonso hubiese actuado con decisión en relación con el problema arborense era debido a la estabilidad de su estado; durante todos aquellos años se había estado enriqueciendo éste a costa del reino de Valencia, que pasó de los herederos del Cid a los taifas. En efecto, al aliarse con Alfonso VIII de Castilla, había conseguido adueñarse de Valencia, sometiendo el poderío almohade ya en progresivo declive.

Con el asedio a San Juan de Acre, en el que participaron los pisanos con el arzobispo Ubaldo Lanfranchi, finaliza la Cruzada. Se reanuda, entonces, en Cerdeña, la guerra entre los inquietos y ambiciosos reyezuelos, a lo que contribuye el apoyo moral o material prestado por las dos Repúblicas marinas y la España alfonsina. Una vez más, las alianzas cambian como consecuencia de la constante mutación de las situaciones políticas y de la fluctuación de los distintos intereses. Después del reparto del Juzgado de Arborea entre Pedro de Serra y Hugo de Bas, el belicoso juez de Cagliari, Guillermo de Massa, de acuerdo con el juez de Torres, Constantino II, rompió las hostilidades y ocupó Arborea, obligando a huir a Hugo o Hugone y a Pedro, quien después fue hecho prisionero. Pero en el reparto de la región en cuestión los dos jueces aliados (filopisano uno y filogenovés otro) no llegaron a un acuerdo; ello dio lugar a una prolongada guerra en la que Pisa y Génova se vieron comprometidas, ocupando bandos contrarios a los habidos en la precedente contienda para la sucesión arborense. También Alfonso II se separó de la alianza con Génova y se unió a Guillermo de Cagliari; por este motivo, muchos catalanes (colonos y mercenarios) se vieron luchando en las filas pisanas del Marqués de Massa.

Las relaciones entre Pisa y la Península Ibérica no sólo se limitaron a las del Soberano aragonés, sino que también se extendieron a los gobernantes musulmanes, a continuación de los contactos habidos en el pasado. Según Maragone (19), en los años de 1161 y 1173, se firmaron determinados acuer-

---

(19) MARAGONE: *Op. cit.*, págs. 25 y 68.

dos con el Príncipe de las Baleares, pero de los documentos sólo se desprende que haya habido un tratado de paz entre este Soberano y el embajador de Pisa, Sigerio de Uguccioncello Gualandi, en 1184. A este tratado, por el que se acordaba proteger a las naves y tripulaciones pisanas que navegasen por aguas del Archipiélago Balear, siguió una carta del Príncipe musulmán al arzobispo, a los cónsules, a los ancianos y a los nobles de la ciudad tirrénica, en la que se les notificaba el acuerdo (20).

Hasta 1233 no se tiene noticias acerca de las directas relaciones entre Pisa y la España cristiana. Durante los primeros treinta años del siglo XIII la República de San Sixto consolidó sus propias posiciones en la Francia meridional y en Cerdeña, mientras que las relaciones comerciales con Cataluña, aunque se desarrollaban con cierta regularidad, lo hacían de una manera muy limitada por culpa de la guerra que pisanos y genoveses sostenían en aquella época en el Mediterráneo occidental, tras el trágico fin de Federico I y la subida al Trono imperial de Enrique VI. Después de la relativa paz con Génova, las relaciones entre Pisa y el Sudeste de Francia se intensificaron todavía más y comprendieron: el tratado ofensivo-defensivo (de carácter militar y no tanto para tutelar los intereses en Provenza, sino más bien para «reflejar» la hostilidad pisano-genovesa en Sicilia) de 1209 con Marsella, y aquel otro de paz y comercio de mayo de 1221 con Arlès, por el que se renovaba el precedente pacto de 1211; los pactos comerciales con los centros más pequeños de Fos (1208) y de Hyères (1222) y aquel otro de carácter más o menos defensivo de 15 de octubre de 1227 con Grasse; el pacto de Narbona de 1224 y el de Montpellier de 1225 por el que se reanudaba el viejo tratado de 1177 y el tratado de paz de 18 de diciembre de 1233 con Marsella, que duró veintinueve años, y gracias al cual se reanudaron las interrumpidas relaciones y se establecían determinadas condiciones comerciales. Mientras que la influencia pisana en Cerdeña se consolidaba, también, gracias a la segura posición del marqués Guillermo de Massa, juez de Cagliari y copropietario de Arborea, de la camarilla de los Visconti, se consolidaba en Gallura, merced al matrimonio de Lamberto con la juez Elena. Así, pues, una vez muerto Guillermo de Massa, así todos los Juzgados pasaron, mediante combinaciones matrimoniales, a los Visconti y a los Da Capraia, estrechamente ligados al Municipio pisano que, si bien no de modo oficial, les apoyaba en su realización de una sagaz política expansionista.

(20) El documento relativo al tratado y la carta de aviso se encuentran en A. S. P. (Comune, Div. A. m. 80, Actas Públicas y Actas Públicas Diplomáticas). El documento fue publicado por AMARI en *Diplomi arabi ecc.*, cit., primera parte, núm. IV, páginas 14 y sigs.

Mientras tanto, la Monarquía aragonesa se había consolidado y desarrollado a la par que la castellana. A Alfonso II sucedió Pedro II, quien al casarse con María de Montpellier se unió a la casa de Tolosa. Este Rey perdió la vida en el campo de Muret, cuando unido a su cuñado Raimundo IV luchaba a favor de los albigenses. Pedro II había dejado el Trono a su hijo Jaime, prisionero ya de Simón de Monfort y puesto en libertad por intercesión de Inocencio III. Como era muy joven y no podía gobernar, se le confió la Regencia al conde Sancho, pero muy pronto, y con objeto de combatir enérgicamente contra la nobleza rebelde, tomó las riendas del reino, empezando a ganarse el sobrenombre de «Conquistador», calificativo que le dieron los contemporáneos. En 1229 Jaime inició la reconquista de las Baleares, pero, sobre todo, y con la colaboración de navíos genoveses y provenzales, liberó a Mallorca del dominio árabe. Esta intervención de Génova hizo que los pisanos, tras la total ocupación de las islas (Ibiza en el 1232, Menorca en el 1235) enviasen al embajador Sigerio Gaetani a la Corte del joven Soberano aragonés para pedirle que confirmase el viejo Tratado de San Félix de Gerona. Las diligencias se iniciaron en Barceloná el 8 de agosto de 1233, y se desarrollaron dentro de una atmósfera de especial cordialidad y de gran comprensión, concluyendo con la confirmación de todos los privilegios que Ramón Berenguer había concedido a los pisanos en el año 1114 (21). Jaime I, como prueba ulterior de su amistad y simpatía, hizo, además, donaciones relacionadas con la constitución de un depósito, un horno y una iglesia en terrenos anejos a Mallorca.

ALFONSO X DE CASTILLA, CANDIDATO PISANO  
AL TRONO IMPERIAL (1256)

En los años en que Pisa se hallaba más comprometida en la política imperial al prestar su apoyo a Federico II y a Conrado IV con objeto de romper su aislamiento en Toscana (Florencia y Lucca, a la par que Génova, eran tenaces adversarios), las relaciones comerciales con tierras españolas fueron débiles y casi inexistentes, puesto que se centraban sobre Provenza y Cerdeña. Precisamente en el año 1256, Cerdeña, donde poderosas familias pisanas (Visconti, Da Capraia y Donoratico de la Gherardesca) habían creado dominios personales que el Municipio pisano garantizaba con su autoridad y poderío naval, se convirtió en centro de la política exterior de Pisa al rebelarse Chiàno, juez de Cagliari y heredero de los Massas; este reyezuelo rompió la

(21) Véase a. p.



tradición filopisana del Juzgado, se alió con Génova y obligó a que Ugolino y Gerardo de Donoratico, Juan Visconti y Guillermo Da Capraia organizaran una expedición que, una vez eliminado Chiano y derrotados los genoveses, reconquistó el castillo de Cagliari y todo el pequeño reino que las nobles camarillas pisanas tenían hasta entonces dividido en tres partes. Pocos meses antes de la rebelión cagliaritana, la República pisana había firmado ciertos acuerdos con Alfonso X de Castilla, quien sucedió a su padre San Fernando III que había llevado la «reconquista» hasta Andalucía. El embajador Bandino de Guidone Lancia Lei lo firmó en Soria el 18 de marzo de 1256; por aquellos tratados el Soberano castellano se comprometía a proteger Pisa, así como a mantener quinientos soldados con un capitán al frente para defender la ciudad (22).

¿Cuál es el motivo de esta protección española a la República pisana, todavía fuerte, rica y temida, aunque en una fase de decadencia marítima y comercial? Las ásperas luchas entre güelfos y gibelinos, el particularismo municipal junto a las enemistadas de Génova, Florencia y Lucca, la política filoimperial, habían llevado a Pisa a un peligroso aislamiento, agravado por la falta de un Imperio. Del Consulado se había pasado a la Alcaldía, pero el incierto desarrollo de las nuevas instituciones no proporcionaba al Estado, que desde el punto de vista territorial se extendía desde Lerici a Orbetello, suficiente estabilidad para proteger a un Imperio; esta estabilidad (desde Enrique IV a Conrado IV) había demostrado ser, en el pasado, bastante provechosa, aunque no faltaron las desilusiones por culpa de los innumerables reveses militares. Aparte de que ya no soplaban los «suaves vientos» que habían acompañado a la Flota y a la Armada pisanas en multitud de empresas, Príncipes y Soberanos europeos se hallaban luchando en aquel momento por el Trono de Carlomagno; mientras tanto, la Iglesia de Alejandro IV desempeñaba el papel de árbitro en este problema sucesorio.

Acogiendo la propuesta de algunos Príncipes alemanes (duque de Brabante, condesa de Francia, duque de Sajonia, marqués de Brandeburgo, arzobispo de Tréveri), Pisa intervino en la contienda imperial sostenida por los Reyes de Francia, Bohemia, Navarra y Aragón, para la elección de Alfonso X de Castilla como ocupante del Trono imperial, en contraposición a aquella otra de Ricardo, conde de Cornovaglia y hermano del Rey de Inglaterra, patrocinada por Ludovico, conde Palatino del Rin y por los arzobispos de Maguncia y Colonia. Los pisanos tomaron, sin más, la iniciativa de la propuesta que Dal Borgo justificaba de este modo: «Como quiera que la República pisana, en cuanto formaba parte del augustó cuerpo del Imperio ro-

(22) El documento se encuentra en A. S. P. (Diplomático, Actas públicas).

mano, fuese en aquella época la más considerable y poderosa y, sin duda alguna, la más noble y benemérita, se encargó de buena gana de esta importantísima empresa» (23). Era un hecho nuevo que los pisanos restableciesen el antiguo derecho de los Príncipes italianos a tomar parte en la elección de Emperador. Que los pisanos estuviesen en lo justo al adjudicarse aquellos derechos, es algo que no es posible afirmar con certeza, puesto que Dal Borgo había estimado que aquel acto era legítimo desde el punto de vista jurídico. Fue, sin duda alguna, un acto interesado (24) con objeto de asegurarse una protección válida y volver a emprender una política filoimperial, puesto que el Soberano castellano garantizaba, por su pertenencia a la estirpe de los Hohenstaufen (por ser hijo de una Princesa de esta familia), la continuidad dinástica de los Suabos, a quienes durante tantos años la ciudad había sido fiel y devota.

La misión llevada a cabo por Bandino de Lancia en Soria, se concretó en el acuerdo del 18 de marzo de 1256, por el que se garantizaban al Municipio pisano notables privilegios y facilidades comerciales con los Estados españoles. Fueron tres los títulos concedidos por Alfonso X (*Quia vos, Cognoscentes e Hec sunt*); todos estos títulos ponen de manifiesto (25) que entre pisanos y españoles existió una estrecha alianza de carácter político, militar y comercial, con paridad de derechos y, tal vez, con preponderancia de los intereses de Pisa. Por encima de las recíprocas promesas de protección y defensa, aquellos documentos garantizaban un vigoroso impulso a la expansión comercial toscana en la cuenca del Mediterráneo, impulso que de no ser así nunca se hubiera producido. En efecto, se concedieron franquicias en todos los mercados del Reino castellano, así como la posibilidad de nombrar cónsules y regidores, de acuerdo con las leyes y costumbres vigentes en las colonias de ultramar; las autoridades locales deberían proteger, defender y prestar apoyo a estas colonias. Mientras el documento *Hec sunt* preveía incluso el envío a Toscana de un contingente militar que apoyase la política imperial, otro documento, denominado *Electio per Massilienses facta* (26) aludía a una eventual expedición a Sicilia y a conquistas en el Garbo y en

(23) FLAMINIO DAL BORGO: *Dissertazioni sopra l'istoria pisana*, vol. I, p. I. Disertación V, Pisa, 1761, pág. 303. DAL BORGO ha publicado también *Diplomi di Alfonso X*.

(24) Así lo afirma también ROSSI-SABATINI en Op. cit., pág. 107.

(25) A. S. P., Diplomático, Actas Públicas, 18-3-1256. Y «Quia vos» en DAL BORGO: Op. cit., XIV, pág. 54; «Cognoscentes», en DAL BORGO: Op. cit., XV, página 56; «Hec sunt» en *Monumenta Germaniae Historica*, Leg. s., IV, t. II, páginas 490, 492 y 494.

(26) Cfr. M. G. H.: Loc. y op. cit., pág. 498.

Africa, y el correspondiente reconocimiento de antiguos privilegios pisanos.

Los acuerdos de marzo no fueron los únicos que sancionaron la alianza pisano-española de carácter político comercial; el 15 de abril del mismo año, en otro documento (27), Alfonso X premiaba la fidelidad de la República marina, con respecto al Imperio, con nuevos privilegios de carácter comercial, poniendo de manifiesto su gratitud. Pero la elección del Soberano de Castilla para ocupar el Trono imperial no fue ratificada; si bien, muchos electores alemanes habían aceptado su candidatura, el Pontífice Alejandro, a quien se había confiado la elección del sucesor de Federico II, haciéndose eco de la hostilidad italiana hacia los Suabos, optó por Ricardo de Cornovaglia. Sin embargo, este pretendiente no consiguió subir al Trono imperial, haciéndolo en su lugar Rodolfo de Habsburgo. De este modo, como consecuencia de la realización de proyectos expansionistas más vastos, el proyecto de los ancianos de Pisa no tuvo solución positiva, sirviendo únicamente para volver a consolidar las relaciones con España y extender el prestigio pisano por el Mediterráneo.

#### PLANES ARAGONESES CON RESPECTO A CERDEÑA (1300-1309)

Durante más de cuarenta años, las relaciones entre Pisa y la España cristiana fueron casi inexistentes, excepción hecha de los restringidos acuerdos, más políticos que comerciales, con Pedro III de Aragón. Este Soberano había sucedido a Jaime I el Conquistador, quien había dividido el Reino en dos partes, asignando Cataluña y Valencia a su hijo primogénito Pedro de Aragón, y las Baleares, el Rosellón, la Cerdeña y el Señorío de Montpellier, al menor, Jaime II. La división fue causa de una guerra entre los dos hermanos, guerra que concluyó con la afirmación de Pedro III al retirarse Felipe el Temerario, Rey de Francia, que había acudido en ayuda de Jaime de Mallorca. Precisamente, por culpa de estas disputas que afligieron al Reino catalán-aragonés, y también por las de Castilla, donde una guerra había alterado el gobierno de Sancho IV (sucesor de Alfonso X) tras las pretensiones dinásticas de los herederos de Fernando de la Cerda, no fueron posibles unas relaciones estables con los Soberanos españoles.

Pero todavía no se hallaba Pisa en condiciones de mantener, y aún menos de potenciar, las antiguas relaciones con los Estados ibéricos, hallándose en una vulnerable situación de prestigio marítimo. Tras la derrota naval de Me-

---

(27) El documento (A. S. P., Diplomático, Actas públicas) ha sido publicado por DAL BORGIO: Op. cit., XVI, pág. 59.

loria, después de una larga y áspera guerra con Génova, se había acentuado la decadencia político-militar de la ya poderosa República; ésta ya no era la reina del Mediterráneo occidental, y sólo poseía una reducida flota que no le permitía conservar su antigua supremacía sobre los mares. Este fue el motivo de que se viese obligada a hacer frente en tierra firme a sus seculares enemigos luqueses y florentinos.

Una vez eclipsado el poderío naval y, por lo tanto, reducido el tráfico mercantil, el Estado pisano se nutrió, desde el punto de vista financiero, de los conspicuos intereses que le proporcionaba Cerdeña. Hasta tal punto esto era así, que en el año 1279 obtuvo tres mil marcos de plata (28) por el arrendamiento de la sal. El breve paréntesis de gobierno del capitán general Guido de Montefeltro, después del trágico fin de la familia Gherardesca, restituyó las energías volitivas de los ciudadanos y volvió, por medio de las armas, la República a los viejos confines territoriales; pero la isla sarda volvió a ser motivo de preocupación para los gobernantes pisanos, por culpa de las luchas que se estaban produciendo entre los Visconti, Doria, Donoratico, Malaspina y Da Capraia. Después de la muerte de Mariano d'Arborea y Nino Visconti di Gallura, la situación se hizo aún más difícil a causa de las encontradas aspiraciones sucesorias a los Juzgados. Con la intromisión de Aragón, esta situación se tornó más complicada. Este Reino pretendía potenciar la influencia que ya había acaparado en años precedentes, sobre todo, en Arborea, durante la primera fase de gobierno de Giovanni, hijo de Mariano, que había dejado al Municipio de Pisa las tierras del Cagliaritano, pertenecientes ya a los Capraia (29).

Al subir al Trono, a la muerte de su hermano Fernando III, Jaime II, hijo de Pedro III, Aragón entró con paso más firme en el juego de la política sarda. Si tras la expulsión de Carlos D'Anjou de Sicilia, Pedro III se aseguró el gobierno de aquella isla en virtud de su matrimonio con Constanza de Manfredi (heredera de los Hohenstaufen), Jaime II, no teniendo pensado seguir la política mediterránea de largo alcance de su padre, renunció a aquella soberanía que había pasado por voluntad de los sicilianos a su hermano Federico III de Aragón. La renuncia, acordada en Anagni el 5 de junio de 1295 con el Pontífice Bonifacio VIII, se pactó con la investidura en Córcega y Cerdeña, y fue después sancionada por los acuerdos de abril del 1297 (30). De esta manera, habían quedado precisados los planes arágo-

(28) Cfr. A. BOSCOLO: Op. cit., pág. 89.

(29) Cfr. Op. cit., pág. 150.

(30) Conviene destacar que Bonifacio VIII era en aquel momento alcalde de Pisa y que había aceptado, por interés, la magistratura que le habían ofrecido.

neses con respecto a Cerdeña; pero Jaime II, aun sabiendo que los pisanos y sus aliados sardos defenderían a ultranza la isla, no dudó en ocuparla con una expedición armada. Como quiera que se había comprometido con el Papa a combatir a su hermano Federico y a ponerse de parte de los Anjou, no podía comprometer a sus propias fuerzas con una peligrosa ocupación que ya en otra ocasión más propicia había sido aplazada.

La amenaza aragonesa pesaba siempre sobre Cerdeña, y el Municipio pisano desplegaba una estrecha vigilancia con objeto de mantener sobre la isla la soberanía que en buen parte habían adquirido los Juzgados, o para por lo menos ponerse en condiciones de pactar con Jaime II una eventual cesión. Para halagar las ambiciones del aragonés, los ancianos pisanos intentaron ofrecerle el señorío de la ciudad (31). En efecto, cuando con motivo de la segunda expedición contra Sicilia tuvo ocasión de hacer escala en el puerto de Pisa, le ofrecieron ricos presentes y trataron el problema de la protección soberana (32). Se estaba ya a fines de siglo, en el mismo año en que se pactó con Génova una tregua de veintinueve años (1299), por la que se sancionaba, entre otras cosas, la devolución de los prisioneros de Meloria. A aquel acuerdo de julio siguió la paz entre genoveses y venecianos; gracias a ella, la República ligur podría disponer de toda la Flota y constituir una seria amenaza para lo que quedaba de la pisana.

Durante algunos años, los planes aragoneses con respecto a Cerdeña sólo fueron un hábil juego diplomático tendente a ampliar cada vez más la influencia política sobre Arborea y Gallura, cuyos Juzgados vacantes se disputaban, además de los pretendientes sardos, Pisa y Génova. A partir de la verdadera y propia conquista militar de la isla, Jaime II se desentendió de los acontecimientos que ocurrían en el Mediodía de Italia y, de manera ambiciosa, empezó a interesarse por Toscana. En octubre de 1305, con la ratificación de la investidura bonifaciana por parte del nuevo Pontífice Bertrand de Got, sucesor de Benedicto XI con el nombre de Clemente V, volvió a debatirse la cuestión sarda.

Precisamente, esta nueva investidura fue la que indujo a los güelfos toscanos y a los desterrados pisanos a entablar relaciones con el aragonés para

(31) No era la primera vez que lo hacían, porque ya en el año 1289 el capitán general Guido da Montefeltro había enviado una misión al frente de Paganello da Vico para entrevistarse con el Soberano aragonés. (Cfr. H. FINKE: *Acta Aragonensia*, vol. 3, número 3, Berlín, 1908, págs. 5-6). Los contactos se reanudaron posteriormente en el 1197, después de la investidura de Bonifacio VIII.

(32) A. S. P., Archivio del Comune, Div. A, 82, c. 59 r. (15 de septiembre de 1299) y c. 31, t. (27 de octubre). Cfr. EMILIO CRISTIANI: *Nobiltà e Popolo nel Comune di Pisa*, Roma, 1962, pág. 269, n. 126.

incitarle a la conquista. En la lucha entre güelfos y gibelinos y entre blancos y negros, la inquieta Toscana iba en vanguardia, y Pisa, gibelina por tradición, era la más temida y tenaz adversaria. Por este motivo, florentinos, luqueses y otros trataban de abatirla y comenzaron a debilitarla financieramente con la pérdida de los dominios sardos, *caput et sustentatio* de la economía pisana. La liga Güelfa, capitaneada por Florencia, que ambicionaba una salida al mar, trabó contactos con Jaime II, introdujo emisarios de los Anjou y desterrados pisanos, entre los que se encontraban Guillermo Visconti Ricoveranza, Jacobo Gaetani y Vanni Gattarelli (33). Era evidente que el Monarca español favorecía aquellas negociaciones, tratando de acelerar el momento de la proyectada conquista de la isla para así poder satisfacer su inquieta ambición expansionista y aprovechar la ayuda güelfa con objeto de obtener dinero, armamento y naves, y extender a Toscana su interesada protección. Con esta finalidad, en agosto de 1308, se enviaron tres embajadores aragoneses a Toscana; tras una visita a Génova, encaminada a favorecer los proyectos de Jaime II, aquéllos se dirigieron en primer lugar a Lucca, y después, a Florencia, donde, tras la muerte de Corso Donati y sus secuaces, volvió a quedar consolidada la corriente filoaragonesa (34). Aquellas negociaciones fueron largas y difíciles a causa de los intereses opuestos que separaban a Florencia de Lucca y Siena y de las excesivas demandas de dinero por parte del Soberano aragonés; todavía se proyectaban las bases de una alianza que pretendía doblegar por la fuerza al gibelismo toscano y, sobre todo, debilitar la siempre floreciente riqueza y el poderío que aún le quedaba a Pisa.

La conquista aragonesa de Cerdeña iba a costar a la República tirrénica la pérdida de la influencia política, del monopolio comercial que detentaba desde hacía ya tantos decenios y del interés anual neto de 81.000 florines de oro en concepto de multas, lo que equivalía a más de un tercio del total de rentas municipales. Se trataba, en verdad, de una grave y pesada amenaza contra la vida de aquel Estado-ciudad; así pues, pronto los magistrados pisanos se ocuparon de frustrar los intentos de un acuerdo güelfo-aragonés, mediante una hábil maniobra diplomática que también serviría para ganar un tiempo precioso, en espera de los acontecimientos previstos. Ante el peligro inminente, no dudaron aquéllos en renunciar a la celosa libertad y ofre-

(33) Para estas negociaciones véase PIETRO SILVA: «Giacomo II d'Aragona e la Toscana», en el *Archivio Histórico Pisano*, LXXI (1913), 2, págs. 23-27; E. CRISTIANI: Op. citado, págs. 270 y sigs.

(34) ROBERT DAVIDSOHN: *Storia di Firenze*, vol. III, Sansoni, 1960, págs. 498-499. DAVIDSOHN apoya la hipótesis de que Corso Donati había mantenido un acuerdo secreto con Pisa (cfr. T.: *Acta Aragonensia*, págs. 522-523).

cer a Jaime II el Señorío de la ciudad. Una vez más, precisamente en el año 1257, los pisanos escogieron sacrificar su independencia con tal de no verse a merced de los odiados enemigos. Ahora, ante una situación mucho más grave, trataban de halagar los planes güelfos con tal de salvar todo cuanto pudiesen, es decir, por lo menos, una parte de las posesiones y rentas sardas. Ya en abril del año anterior (cuando se tuvieron noticias de los primeros contactos güelfo-aragoneses) Ranieri Sampante e Giovanni Rosso, partidarios de los Gualandi, fueron enviados a tierras ibéricas, acompañados del notario Ildebrandino Guascappa, con propuestas de negociaciones, pero el Soberano las rechazó en tono más bien seco (35). Sin embargo, a pesar de esta negativa, los pisanos enviaron, en diciembre de 1308, una nueva misión diplomática que llegó a Barcelona a fines del siguiente enero. Estaba formada por Gano Chiccoli Lanfranchi, Gherardo Fazelo, Vanni Bonconti e Bonacorso Gambacorta. En esta ocasión, la Corte española les acogió con menos hostilidad; tanto es así, que los embajadores consiguieron firmar un proyecto de veinte puntos para el sometimiento. De este modo, Jaime II se convirtió en «Rey de Pisa, Cerdeña y Córcega» (36).

El Soberano español, a quien no disgustaba la idea de gobernar en Pisa, extendiendo así su propia influencia política sobre Toscana y apoderándose al mismo tiempo de Cerdeña sin sacrificios militares, aceptó negociar con los pisanos y evitó consultar a la Curia de Avignon en relación con la alta soberanía que, como consecuencia de las antiguas donaciones carolingias, la Iglesia exhibía sobre Toscana. Mientras preparaba estas negociaciones, él, con astuto arte diplomático, continuaba los acuerdos con los güelfos. Estos, frente a la desconcertante maniobra pisana, se habían puesto de acuerdo entre sí y habían presentado a Jaime II las nuevas propuestas para el pacto pisano (37). De esta manera, las negociaciones güelfo-aragonesas para la conquista violenta de Cerdeña enlazaron con las mantenidas entre Pisa y Jaime II para el sometimiento pacífico (38).

El cardenal Niccolo da Prato, que apoyaba la causa gibelina, intervino en la Corte aragonesa y en la Curia de Avignon para solidarizarse con la propuesta pisana. Este cardenal había informado, a su debido tiempo, a los Ancianos de Pisa de los preparativos españoles y güelfos en contra de Cerdeña, provocando el envío de una misión diplomática que alteró los planes de los adversarios. Como el Soberano español tenía pensado separar la suerte

(35) FINKE: Op. cit., núm. 342, pág. 514.

(36) V. SALAVERT: «Il progetto di cessione della repubblica di Pisa al regno d'Aragonia», en *Acta V Convegno di Studi Sardi*, Cagliari, 1954.

(37) Véase el documento en FINKE: Op. cit., núm. 351, pág. 527.

(38) SIVA: Op. cit., pág. 40.

de Pisa de la de Cerdeña y Córcega (todavía no era seguro si iba a tomar el título de conde o de *rex civitatis pisane et eius districtus*), envió a Avignon al leal y experto embajador Vidal de Villanova, con objeto de convencer a Clemente V para que diese su asentimiento al Señorío de Pisa. Pero el Pontífice francés, como no estaba seguro de cuáles eran los derechos de la Iglesia y cuáles los del Imperio, no creyó oportuno, en principio, extender el feudo bonifaciano sobre las islas tirrénicas a la ciudad toscana. Sólo debido a las presiones de los cardenales de Beziers, Palestina y Got consintió después la investidura, previo pago de un tributo anual que fue motivo de largo debate entre Villanova y la Curia. Por otra parte, aparecieron lógicas preocupaciones relacionadas con el consiguiente reforzamiento del poderío aragonés en Italia, aunque el de los Anjou podía ser contrarrestado fácilmente, por lo que Clemente V, tratando de ganar tiempo, aconsejó a Jaime II que acordase nuevos pactos con los pisanos sobre la base del tributo exigido.

Poco antes de terminar la primavera, se iniciaron nuevas negociaciones. Pisa envió otra misión diplomática que primero se dirigió a Avignon y después a Barcelona. Formaban parte de ella Pellaio Chiccoli Lanfranchi, Bacciamo Gualandi, Giovanni Fazelo, Banduccio Bonconti, Betto Alliata, Giovanni Tardi y el notario Nocco Castiglioni (39). Mientras se desarrollaban las conversaciones, el Rey de Aragón volvió a pactar en secreto con los representantes de los Municipios de Florencia y Lucca, en previsión de un posible fracaso. En efecto, así sucedió; aquellas conversaciones iniciadas con poco convencimiento y escasas esperanzas, se vieron interrumpidas en junio porque los pisanos no quisieron derogar algunos puntos del primer acuerdo, sospechando que la Iglesia les era adversa. Jaime II aún trató de obtener Cerdeña sin utilizar la fuerza, y renunció al Señorío de Pisa; también esta iniciativa personal, encaminada a solucionar de manera directa la cuestión sarda, no llevó a ningún resultado positivo, porque ya los magistrados pisanos habían cambiado de orientación política. Con la elección de Enrique VII de Luxemburgo para ocupar el Trono de Carlomagno, terminó el vacío del Imperio, renaciendo así las esperanzas de resucitar la decadente política gibelina. En Pisa se había vuelto a seguir la tradición filo-imperial y se habían entretejido ya los primeros acuerdos con el *rex pacificus* que estaba a punto de ir a Italia.

Es lógico que la ruptura definitiva de las conversaciones (40) con Pisa

(39) SALAVERT: Op. cit., pág. 15.

(40) Según algunas crónicas pisanas (*Cronaca pisana*, Cod. 54 del Archivo del Estado de Lucca y *Cronaca di Pisa*, de RANIERI SARDO, Ed. O. Banti, Roma, 1963), los embajadores aragoneses fueron con Vidal de Villanova a S. Piero, en Grado, con objeto de



indujese a Jaime II a firmar el proyectado pacto antipisano (acerca del cual se había estado discutiendo durante tantos meses) con Florencia y Lucca. La firma tuvo lugar durante el viaje que el Aragonés emprendió por mar para llevar a cabo su empresa contra los musulmanes de Almería. Precisamente, por el desafortunado éxito de aquella expedición el pacto firmado no tuvo realización práctica, por lo que la conquista de Cerdeña quedó postergada para mejor ocasión: para cuando la poderosa Flota española quedase reorganizada. De momento, Pisa podía contemplar esperanzada el «Alto Arrigo», sin amenaza de ningún tipo para sus posesiones sardas.

### LA CONQUISTA ARAGONESA DE CERDEÑA (1323-1326)

Por culpa de la cuestión sarda, que había quedado sin solución y que sólo las armas podrían resolver, las relaciones entre Pisa y Aragón estuvieron durante catorce años presididas por una constante y recíproca desconfianza. Una vez abierto y cerrado el paréntesis del «Veltro dantesco» (Enrique VII había muerto y en el sarcófago pisano de Tino de Camaino, junto con los restos del joven Emperador, quedaron sepultados los sueños y las esperanzas de los gibelinos) (41); Pisa confió su propia suerte a Ugucione della Faggiola, nombrado alcalde y capitán del pueblo; después, a pesar de la victoriosa batalla contra la Liga Güelfa, en Montecatini, el Faggiolano tuvo que abandonar el poder y entregárselo a los condes de Donoratico della Gherardesca, cuya subida se inició sin Gerardo el Joven. Cuando Cerdeña volvió seriamente a preocupar a los magistrados pisanos, se hallaba a su frente el viejo conde Ranieri di Donoratico, quien no pudo evitar la iniciada decadencia política y militar de la secular República marina.

A comienzos del segundo decenio del siglo XIV, la posición política de Pisa en Cerdeña era más bien estable. Excepción hecha del Juzgado de Torres, donde gobernaba la familia genovesa de los Doria, en los de Cagliari y Gallura (a los que la nobleza ciudadana había extendido sus posesiones inmobiliarias) dominaban los vicarios y regidores pisanos, mientras que en Arborea, gobernada por el juez Ugone II, hijo de Mariano y de Paludessa

---

negociar, pero la llegada de los mensajeros imperiales de Enrique VII hizo fracasar las iniciadas negociaciones.

La noticia no es demasiado fiable, porque aquellos mensajeros imperiales llegaron a Pisa un año después (1310). Cfr. SILVA: *Op. cit.*, pág. 50; CRISTIANI: *Op. cit.*, página 285, y SALAVERT: *Op. cit.*, pág. 18.

(41) Acerca de la expedición a Italia del «Alto Arrigo», cfr.: GINO BENVENUTI: *Enrico VII di Lussemburgo*. Giardini. Pisa, 1966, pág. 110.

de Serra, se hallaba bastante extendida la influencia aragonesa. Como consecuencia de aquella política, la posición militar de los pisanos en la isla era también bastante sólida; eran numerosas las guarniciones que allí había, y los castillos de Iglesias, Acquafredda, Gioisa Guardia y Terranova, además de los de Orgoglioso, Chine y Castro, que eran la base de la defensa sarda, se hallaban discretamente protegidos. La floreciente expansión comercial, garantizada por una eficiente organización portuaria, controlada por la Orden del Mar y sostenida por los cónsules de los mercaderes, coincidía con un fuerte incremento de la riqueza del erario público. Según una investigación llevada a cabo por la cancillería de Enrique VII, los ingresos del Municipio pisano alcanzaron los 225.000 florines, de los cuales más de un tercio provenían de Cerdeña (42).

Después de tantos años de espera, Jaime II de Aragón decidió pasar a la acción y asegurarse por la fuerza la posesión de Cerdeña; durante las fiestas navideñas de 1322 anunció la empresa y convocó para el siguiente mes de marzo la concentración de la Flota en Portofangos. En Pisa, donde desde hacía ya algunos meses se habían comenzado los preparativos militares para la defensa de la isla, se aceleraron los trabajos de los astilleros navales y se procedió al reclutamiento de la tripulación y de los soldados. Al mismo tiempo, se nombraron *capitanei guerre pisani comunis in sardinae* a Guillermo Bulla dei Gualandi y a Ciolo Grassolini, y comandante de la Flota a Gerardo Buzzaccherini (43). Mientras se llevaban a cabo estos activos preparativos para una guerra que ya era inminente (y no sólo en Pisa, sino en la isla donde también se reforzaron las guarniciones de los castillos), se estaba desplegando una intensa actividad diplomática con Venecia, la Curia Pontificia y la Corte Anjou de Nápoles; estos contactos se establecieron, en primer lugar, para tratar de obtener el asentimiento y el apoyo necesarios para una eventual mediación y, después, para pedir ayuda militar.

Ni el nuevo Papa Juan XXII, ni Roberto d'Anjou deseaban que Aragón conquistase la isla en cuestión, porque ello supondría un incremento del poderío español en el Mediterráneo occidental; pero, por otra parte, tampoco sentían demasiada simpatía por la ciudad gibelina que casi siempre les había sido hostil. Con objeto de evitar el conflicto, Avignon y Nápoles acordaron dejar la isla a los pisanos; no se querían tomar aún iniciativas peligrosas que pudieran alterar el equilibrio político-militar de la península y se prefirió dejar que los acontecimientos se sucediesen por sí solos. Tampoco las media-

(42) G. DOENNIGES: *Acta Henrici VII. Berlin*, 1839, II, págs. 95 y sigs.

(43) Cfr. GIUSEPPE ROSSI-SABATINI: *Pisa al tempo dei Donoratico*. Sansoni. Florencia, 1938, pág. 129.

ciones de los cardenales Orsini y Fieschi, llevadas a cabo con más o menos parcialidad, no tuvieron éxito, por lo que a comienzos de la primavera del año 1323 quedaron abiertas las hostilidades entre pisanos y aragoneses.

El origen de la guerra hay que buscarlo en la traición de Ugone II d'Arborea, quien hostigaba a los pisanos por culpa del apoyo que éstos habían prestado a las pretensiones sucesorias al Juzgado de Giacomina, viuda del juez Giovanni. No obstante, el Municipio pisano reconoció, previo desembolso de 10.000 florines, a su Gobierno. Ugone solicitó, por conducto de Branca Doria di Torres, la intervención de Jaime II. Antes de que desembarcasen los aragoneses, Ugone pasó a la acción directa, organizando y tendiendo una emboscada a los refuerzos enviados por Pisa. El 2 de abril, más de 1.000 soldados quedaron en el campo de batalla; mientras tanto, numerosos mercaderes y ciudadanos fueron eliminados en las calles de Oristano y en otros lugares del Juzgado (44). Un mes más tarde alcanzaban la isla las primeras filas vanguardistas catalanas, y el 8 de junio, el Príncipe heredero Alfonso y el almirante Carroz entraban en el puerto de Orestano «con una Flota de sesenta galeras, doscientas embarcaciones fuertes y ligeras, mil quinientos caballeros y altísimos soldados de a pie» (45).

La Flota aragonesa era la más numerosa y mejor adiestrada que, desde las empresas pisanas de Mehedía y Baleares, jamás hubiese surcado el Mediterráneo occidental; en las naves se hallaba embarcada toda la nobleza de Aragón, Valencia y Cataluña, la cual aspiraba a tomar parte en la conquista de la isla. Una vez desembarcados, las fuerzas españolas se apoderaron fácilmente de ciudades, pueblos y castillos porque las guarniciones pisanas habían sido diezmadas y los isleños, por miedo o por conveniencia, colaboraron con el invasor. Sólo los castillos de Iglesias, Terranova y Castel Castro, donde fueron concentradas las dispersas milicias de Pisa y los sardos aún fieles, opusieron una fuerte resistencia que se prolongó durante mucho tiempo; mientras tanto, la Flota de Carroz hacía el bloqueo marítimo a Cagliari y a las costas sardas.

En Pisa, amenazada también por Castruccio Castracani, los magistrados, al frente del conde Raniero di Donoratico, hicieron un llamamiento a todas las clases sociales, divididas por intereses económicos y enemistades personales, para que se unieran, hiciesen frente al invasor y defendiesen Cerdeña, cuya suerte se hallaba en grave peligro. Con la unión de nobleza, burguesía y pueblo, el Municipio pudo reunir entre el verano y el otoño una Flota de treinta galeras que, al mando del vicealmirante Francesco Zaccio, partió del

(44) G. ROSSI-SABATINI: Op. cit., pág. 133.

(45) G. VILLANI: *Crónica*, IX, pág. 198.

puerto de Pisa para reunirse en aguas de Cagliari. Frente al poderoso despliegue de la Armada naval española, Zaccio no creyó conveniente comprometerse en una batalla desigual y volvió a la base de partida. Sin embargo, el fracaso de aquella expedición no desanimó a los pisanos, que empezaron a organizar otra con más medios, haciendo un gran esfuerzo económico para avituallar naves y reclutar tripulación y soldados. En esta ocasión se prepararon unas cuarenta galeras (*armata quadraginta galearum*) (46), que se colocaron a las órdenes del conde Manfredi, hijo de Ranieri; el 26 de febrero de 1324 arribaron al puerto de Capo Carbonara, desembarcando centenares de caballeros, infantes y ballesteros. Hacía por lo menos veinte días que Iglesias, defendida por el capitán alemán Enrico, había rendido sus armas y que su guarnición se había refugiado en el castillo de Castro, último baluarte de la defensa pisana que resistía un asedio de casi un año.

El objetivo principal del conde Manfredi era liberar Castro y unirse a los asediados pisanos y sardos. Estos contaban con el elemento sorpresa, pero sus naves habían sido avistadas, por lo que la estratagema de volver a enviar su Flota a alta mar para así dar la impresión de que regresaba a la patria, no dio los resultados apetecidos. El Infante Alfonso se puso en marcha, y con su ejército fue al encuentro de los pisanos, quienes, atravesando las montañas de Gallura, se estaban acercando a Cagliari. Los dos ejércitos llegaron a un acuerdo en Luco Cisterna; era el 1.º de marzo y en la llanura se desarrolló la batalla decisiva. La vanguardia española, al frente de Guillermo de Aguisola, sufrió el primer embate y fue arrollada por la primera línea del conde Manfredi, línea que después comprometió el centro de las filas adversarias. En la terrible lucha, el Infante, lanzado fuera del caballo, quedó rodeado y estaba a punto de ser hecho prisionero cuando la retaguardia española acudió en su ayuda, consiguió liberarlo y recuperó el estandarte real que Gherardesca había recogido y aireaba en señal de victoria. Aquel suceso español fue decisivo para la batalla tan felizmente iniciada por culpa de los pisanos. Más que con el valor, los aragoneses resistieron a los infantes y ballesteros pisanos con la fuerza del número; fue la fuga a Castro la que decidió la batalla. Si los defensores del castillo cagliaritano hubiesen intentado una salida, es posible que la ayuda hubiese bastado para cambiar la situación. En vez de esto, no se movieron, y todo por algún motivo oculto; sólo se limitaron a abrir las puertas de la fortaleza para acoger al valeroso Manfredi, quien, aun herido en numerosas partes del cuerpo, consiguió reorganizar a los supervivientes y abrirse camino entre las filas enemigas para alcanzar un lugar seguro.

---

(46) Según un documento citado por ROSSI-SABATINI: Op. cit., pág. 136.

Con la derrota de Luco Cisterna, la Flota pisana también sufrió duras pruebas. Alfonso Carroz ordenó que la atacasen, obligándola a huir hacia las costas tirrénicas, después de haber perdido algunas naves de carga. La resistencia del castillo de Castro continuó durante otros tres meses. A finales de abril hubo una desgraciada salida a la que siguieron conversaciones secretas entre Donoratico y un representante del Infante, Oulamar, sin llegar a un acuerdo positivo. La muerte de Manfredi, debida a las graves heridas recibidas durante la batalla de Luco y la imposibilidad de recibir refuerzos y abastecimiento hicieron que la guarnición se rindiese (19 de junio de 1324). La guerra terminó con la victoria aragonesa y Pisa perdió Cerdeña (47). Como consecuencia de los pactos acordados, los pisanos se quedaron con el castillo y la zona limítrofe en concepto de feudo y previo pago de 3.000 libras genovesas, mientras que Bebe de Calci, enviado por el Municipio asignaba a los aragoneses los castillos y las tierras ya ocupadas.

En el pequeño territorio cagliaritano concedido como feudo, pisanos (aquellos que tenían en la isla intereses que salvaguardar y los supervivientes de las milicias de las guarniciones) y catalanes convivieron juntos durante casi un año. No fue fácil aquella coexistencia entre vencedores y vencidos; surgieron roces, provocaciones y disputas, por lo que en más de una ocasión el Municipio y la autoridad militar se vieron obligados a intervenir. En enero de 1325, una misión pisana se acercó a Valencia para entrevistarse con Jaime II y protestar por los acuerdos secretos pactados entre «burgenses» y catalanes para entregar el castillo a estos últimos; mientras tanto, el mensajero aragonés, Pedro Magnesi, llegaba con un embajador a Pisa para allanar las diferencias en el acto. Ambas partes estaban poco dispuestas a respetar los pactos acordados; si los aragoneses iban a seguir enviando hombres y material a Cerdeña, los pisanos intentarían pactar con Gaspar Doria y los gibelinos genoveses con objeto de equipar una nueva flota. Tras el fracaso de esta última tentativa, los magistrados de Pisa, no resignándose a perder la isla, ofrecieron a Roberto d'Anjou 200.000 florines y el castillo de Castro a cambio de su ayuda militar. Pero el Rey de Nápoles, quizás para no rechazar de plano la oferta, exigió, además del dinero, el Señorío de la ciudad. Los pisanos se opusieron a estas inaceptables condiciones y prefirieron sacrificar la última posición sarda antes que su propia libertad. Durante los cinco primeros meses del año la roca cagliaritana, cuya defensa capitaneaba Granchi, resistió todos los ataques; después capituló y, el 10 de junio de 1326, se dio a conocer en Pisa el tratado de paz con Aragón. Como homenaje al valor de los defensores del castillo de Castro, aquel tratado concedió, a título de

---

(47) ROSSI-SABATINI: Op. cit., págs. 138-139.

feudo, al Municipio de Pisa las curadurías de Grippi y Tragenda. Jaime II había asegurado, con carácter definitivo, Cerdeña para su reino (48).

Comoquiera que fuese la isla mediterránea la que hacía casi tres siglos había iniciado el poderío marítimo y comercial de la República de Pisa, de este modo se confirmaba ahora su definitivo ocaso. Había sido el principio y el fin de un gran y libre Estado-ciudad del Medievo.

GINO BENVENUTI

## R É S U M É

*Pendant plus de trois siècles, ceux qui appartenait au Bas Moyen-Age, à la République de Pise et à l'Espagne chrétienne et musulmane, ont maintenu des relations plus ou moins amicales qui eurent comme conséquences des résultats plutôt positifs. Pour renforcer son propre pouvoir maritime et, surtout, pour ouvrir de nouvelles voies à son propre trafic commercial, Pise a initié et maintenu des relations avec les populations des terres qui bordent le grand bassin de la mer Baléare jusqu'au Golfe de Léon. Catalogne, Languedoc et Provence, si étroitement liées entre elles pour des raisons géographiques et dynastiques, furent les centres à partir desquels est née l'expansion de Pise, après avoir conquis des positions en Corse et en Sardaigne et après les premières luttes contre les Sarrasins.*

*Cet article reprend l'histoire des relations entre Pise et l'Espagne pendant ces siècles confus, depuis l'entreprise des Baléares (1113-1115) jusqu'à la conquête aragonaise de la Sardaigne (1323-1326), au travers des contacts avec les Comtes de Barcelone et Alfonso II d'Aragon, des discordes qui surgirent comme conséquence de la succession au trône de Provence et d'Arboorea et de l'offre faite à Alfonso X de Castille de la Couronne Impériale. Les conflits politiques se mêlèrent aux militaires, servant de fond à la lutte entre Pise et Gênes pour la suprématie maritime et l'influence commerciale dans le bassin occidental de la Méditerranée.*

(48) Para estos hechos cfr., además de las obras ya citadas de VILLANI, DAVIDSOHN, FINKB y ROSSI-SABATINI: G. VOLPE: «Pisa, Firenze e Impero al principio del 300 e gli inizi della Signoria civile in Pisa», en *Studi Storici*, IX, Pisa, 1901; E. BESTA: *La Sardegna medioevale*, Palermo, 1808-1809; MUNTANER: *Cronaca Catalana*, Florencia, 1844; F. DAL BORGO: *Dissertazioni sopra la storia pisana*, vol. II, Pisa, 1768; N. TOSCANELLI: *I Conti di Donoratico della Gherardesca, Signori di Pisa, Nistri-Lischi*, Pisa, 1937; véase SALAVERT y ROCA: *Cerdeña y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón (1297-1314)*, Madrid, 1956; R. DE GRANCIS: «De proeliis Tusciae», en *RR. II. SS.*, XI, 2, Ed G. Meliconi, págs. 122-160.

*Si le traité de San Felix de Gérone du 7 septembre de 1113 a commencé, du point de vue officiel, les relations entre Pise et la Catalogne de Ramón Berenguer III, celui qui a été signé le 10 juin 1326 avec Jaime II d'Aragon, pour que cesse l'hégémonie de Pise en Sardaigne, a marqué le fin de ces relations pour toujours. La décadence de Pise en tant qu'état-cité avait commencé à Meloria et s'est terminée quatrevingts ans plus tard par la fin de la République indépendante et son acquisition par une part de Florence, tandis qu'avec l'union des règnes de Castille et d'Aragon s'est initiée l'ascension de la nation espagnole.*

#### S U M M A R Y

*For more than three centuries in the late Middle Ages, the Republic of Pisa and Christian and Moslem Spain maintained more or less friendly relations, which had rather positive consequences as a result. To reinforce her own maritime power and, above all, to open new routes for her own commercial traffic, the men of Pisa started and continued their relations with the populations of the lands of the vast basin of the Balearic Sea and the Gulf of Lyons. Catalonia, Languedoc and Provence were closely linked for geographic and dynastic reasons, and were the centre from which the expansion of Pisa started after the conquests of Corsica and Sardinia and the first fights with the Saracens.*

*In this article the history of the relations between Spain and Pisa during those confusing centuries is traced, from the enterprise of the Balearics (1113-1115) to the Aragonese conquest of Sardinia (1323-1326), touching on the contacts with the Counts of Barcelona and Alfonso II of Aragon, the disturbances which arose as a result of the consequences of the succession to the thrones of Provence and Arbos and the offering of the Imperial Crown to Alfonso X of Castille. Political disputes were mixed up with military campaigns and they all served as a background to the struggle between Pisa and Genoa for the maritime supremacy and the commercial superiority in the Western Mediterranean basin.*

*If the Treaty of San Felix de Gerone of September 7th 1113 opened up relations from the official point of view between Pisa and the Catalonia of Ramon Berenguer III, that which was signed on June 10th 1326 with Jaime II of Aragon, which saw the end of the rule of Pisa in Sardinia, ended them for ever. The decadence of Pisa as a city-state started in Meloria and was to finish eighty years later with the end of the independent Republic and its acquisition by Florence, while the union of the kingdoms of Aragon and Castile saw the beginning of the Spanish nation.*

